

XX

Ya cerraba la noche cuando Mme. Cottin y Misstris Rawlings llegaron á casa de Lady Morgan.

Habitaba esta dama uno de esos pequeños y primorosos palacios que ya en aquella época ocupaban la calle de Rívoli; una hija y tres hijos eran toda su compañía y su encanto durante los largos viajes de su marido, que la amaba y hacía justicia á las altas cualidades de su carácter y á las bellas de su corazón.

Aun era joven y muy hermosa; cuando llegó Sofía, se hallaba tomando el té en su elegante salón con sus hijos y dos amigos de su mayor confianza.

Misstris Rawlings enseñaba á los niños el italiano y el dibujo; y si no estaba en la casa como institutriz, era porque no quería abandonar á su querida Sofía, que la amaba como á una madre.

Lady Morgan era delgada y blanca como el alabastro; su hermosa frente estaba coronada por una abundante y sedosa cabellera rubia que caía en largos rizos.

Cuando vió entrar á Misstris Rawlings, se le-

vantó para recibirla, y adivinó al instante quién era la graciosa persona que la acompañaba.

Sofía llevaba un traje modesto, pero hecho con suma elegancia, de seda de color de café con canesú blanco, y un sombrerito de paja adornado con flores del campo.

Misstris Rawlings presentó á la joven, á la que Lady Morgan abrazó afectuosamente, explicándole cuánto se alegraba de recibirla en su casa.

—Mis hijos y yo os amamos, mi querida señora, le dijo; y yo no he ido á visitaros por temor de causaros molestia en vuestras continuas ocupaciones.

—Esta visita mía es interesada, señora, repuso Sofía, y así, no puedo permitir que me la agradezcáis; vengo á pedir os vuestra protección para un desgraciado que la necesita, para un amigo de mi padre.

Lady Morgan miró á Sofía, no sólo sin enojo, sino también sin asombro.

—No quiero ni aun saber su nombre, dijo; cuando vos os interesáis por él, debe merecerlo; ¿son recomendaciones lo que necesita? ¿es preciso que yo vea á alguna persona?

—No, señora; necesita una cantidad de dinero, que os devolverá así que le sea posible.

—¿Cuánto?

—Mil ochocientos francos.

—¿Nada más? ¿qué puede hacer con cantidad tan pequeña ese desgraciado?

—Yo le he dado ya mil doscientos, que es lo que han pagado por un manuscrito mío; con los mil ochocientos que vengo á pedir os, Milady, hacen tres mil, que es lo que me ha dicho necesita.

—¡Y qué, amiga mía! ya que os habéis decidido á vender vuestra novela, ¿habéis de dedicar todo su importe á una buena obra? ¿No puedo consentirlo! Permitid que os facilite yo los tres mil francos.

—No puedo, señora; creería que mi obra iba á ser desgraciada, si no emplease yo su importe en lo que había pensado.

Lady Morgan hizo una seña á Sofía para que la siguiera, y se dirigió á su cuarto; allí abrió un buró, y tomó dos mil francos en dos billetes que presentó á Sofía.

—Sobran aquí doscientos francos, señora, y no tengo para devolverlos, dijo Sofía sin encogimiento y sin rubor.

Lady Morgan iba á replicar, pero su nativa delicadeza la contuvo; contando ochocientos francos en oro, los dió á Sofía con el billete de mil.

—Ahora, Milady, dijo la joven con los ojos radiantes de alegría, permitidme que os deje; este dinero es la vida de un desgraciado anciano: él ó yo os lo devolverémos, y espero que sea en breve: mañana volveré á veros y á daros las gracias como debo: hoy me sería imposible.

Sofía salió, se reunió con su aya, y dejó precipitadamente la casa de Lady Morgan.

Llegó á la suya, tomó el dinero que tenía, lo unió al que le había dado la caritativa inglesa, y sin tomar un instante de descanso, sin comer siquiera, subió á un coche de alquiler con Misstris Rawlings y se dirigió á Belle-Isle. Fué al presbiterio, al que llegaron al amanecer, y depositó en manos del cura la cantidad completa, volviéndose á París sin nombrarse y sin solicitar ver al Marqués: tal era el temor que inspiraba entonces la suerte de los desgraciados nobles, para los cuales estaba preparada siempre la guillotina.

Cuando Sofía volvió á su casa, tenía dos francos; el precio de su primera obra literaria, el fruto de la beneficencia de Lady Morgan, habían sido para salvar al Marqués.

El poco dinero que ella poseía, lo había gastado en pagar el coche que la había conducido á Belle-Isle.

Nada le quedaba... ¡pero su corazón estaba lleno de una felicidad celeste!

XXI

Clara de Alba apareció quince días después de haberla adquirido el librero, y sorprendió al mundo literario de una manera superior á todo encarecimiento.

Sin embargo, no llevaba al frente el nombre de la autora; Sofía, una vez terminado el negocio caritativo que la había ocupado tan completamente, sólo tuvo un pensamiento: impedir que su nombre saliese al público; aterrábala el ruido, y ni aun el de la gloria le parecía soportable, por aquella rara modestia que formaba la base principal de su carácter.

—Si esta obra merece la aprobación general, dijo ella al librero, daré mi nombre para la segunda que publique.

La curiosidad fué grande, pues, al aparecer aquel libro encantador; nadie sabía dar razón de la persona que lo había escrito: Mme. Stael le tenía sobre su velador una noche, y la conversación de las personas que se hallaban en su salón recayó en la novedad del día.

—¿Vos tampoco sabéis quién ha escrito este libro, señora? le preguntó uno de sus amigos.